



CAPÍTULO XVII.

CUANDO llegaron los fuereños á la diputación ya una multitud de curiosos había formado grupos que caminaban en seguimiento de la comitiva.

—Quiénes habían de ser? *esas señoras!* decía un jóven que salía de la Gran Sociedad.

—Míralas, míralas, decía otro, y van de baile á la *chinche*.

D. Trinidad se empeñaba en explicar al gendarme que le custodiaba como su presencia y la de su mujer en aquel lugar habían sido enteramente casuales, y como él mismo ignoraba que su hijo pudiera haber estado en semejante casa, pero el gendarme oía todo aquello con esa sorna y esa socarrone-

ría propia del palurdo ensoberbecido en el ejercicio de un poder inseparable del garrote y el revolver contra todo bicho viviente.

D.^a Candelaria había sido durante todo el camino presa del estupor, y no se daba todavía cuenta cabal de su situación. Iba como fascinada con la figura de aquellas dos mujeres vestidas de colores claros, que caminaban delante de ella. Lo único que procuraba era no perder de vista á su marido. Pero no bien llegaron á su destino y la ordenaron sentarse á esperar en una banca, siempre custodiada de cerca por los gendarmes, empezó á despejarse su cerebro y á darse por lo mismo cuenta de lo que le estaba pasando. Gumesindo y D. Trinidad no estaban en la misma pieza que ella ocupaba. Allí sólo habían quedado *esas señoras* que lanzaban á D.^a Candelaria miradas escudriñadoras.

—Dónde están mi marido y mi hijo? le preguntó al gendarme.

—Pasaron adelante.

—Y qué van á hacer?

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1925 MONTERREY, MEXICO

—Pos á declarar *pa* que se sepa todo.

—Pero qué es lo que se va á saber, Dios mío!

—Y V. también va á declarar y.... las señoritas, dijo el gendarme echando una mirada oblicua á los piés de una de ellas, calzados con zapatos de raso blanco bordados de oro.



CAPÍTULO XVIII.

A eso de las doce de la noche reinaba un silencio profundo en el hotel. José María y Luís no habían vuelto á oír ruido alguno en el cuarto número 13, y el vecino del 11, no obstante su curiosidad excitada por los acontecimientos de aquella noche, había acabado por conciliar el sueño.

Los dos criados sentados en el primer escalón de la escalera principal, y embozados en sus frazadas, hablaban en voz muy baja.

—Pues qué crees? le preguntaba Luís á José María.

—Que la cosa está mala y lo que es esta noche los fuereños no volverán al hotel.

—Ya te dijeron?